

No es nada mío

POR Araceli Ardón

Teresita del Niño Jesús Rodríguez inmortalizó esa frase, pronunciada frente a todo el mundo en el día más importante de su vida.

Tere había sido una niña marcada por la muerte de su hermano mayor, ocurrida cuando ambos eran tan pequeños, que ella apenas se dio cuenta. Pero sí sufrió la pena inmensa de su padre, que tuvo la desdicha de vivir añorando a ese hijo suyo que habría sido su heredero, sucesor y compañero. Que seguramente habría montado a caballo como los grandes, habría manejado con maestría la reata para hacer las más audaces suertes charras, habría tenido la valentía necesaria para ejecutar manganas, y la sangre fría que se requiere para el paso de la muerte, en que el jinete, montando en pelo un caballo domado, corre de forma paralela a una yegua bruta que ha salido del cajón y, emparejándose con ella, se pasa del caballo a la yegua, sostenido tan sólo de las crines, a mitad de un inverosímil movimiento circular.

Manuel Rodríguez estaba destinado a ser dueño del mejor rancho de los alrededores, con cientos de vacas Holstein, caballos de un cuarto de milla, cerdos inmensos cuya carne se procesaba ahí mismo, e incluso un hato de ovejas que eran alimentadas y cuidadas sólo por capricho, para hacer el más delicioso y suave queso de untar para la botana de los domingos.

Pero Manuel murió en su primera infancia, atacado por unas fiebres que su cuerpo niño no pudo combatir. Teresita, su hermana, cinco años menor, se convirtió entonces en un sucedáneo equívoco, porque no podría convertirse en el vaquero autoritario y hábil que su padre necesitaba en su descendencia.

Sin embargo, poco a poco el tiempo curó el dolor del señor Rodríguez, y la risa de su hija tuvo el efecto deseado: era un bálsamo para sus heridas, un cascabel que resonaba por toda la casa, una música de piano en el momento menos esperado, la primera de un racimo de muchachas preciosas que llegaban a pasar las vacaciones, que venían al rancho cuando Tere podía salir del internado de monjas.

Al terminar Tere la secundaria, los padres se pusieron de acuerdo y compraron una casa en Querétaro, en plena Avenida Independencia, para que la madre, doña Laura, fuera a misa a San Francisco, al rezo a la Congregación y a los Ejercicios Espirituales en el Convento de la Santa Cruz de los Milagros. Y además, claro, para que la niña pudiera estudiar, tener amistades de valía, casarse y quizá pronto, con la ayuda de Dios, llenarse de hijos, y con su numerosa familia volver al rancho para supervisar la siembra, cosechar los duraznos y cuidar el ganado.

—Tu hija es un primor —repetía la madre orgullosísima a su marido, a sabiendas de que en aquella afirmación había algo de truco.

—Me ha hecho feliz —decía el padre—. No hay amores para los viejos como los de las mujeres de su casa.

Tere aprendió tanto en tan pocos años, que los demás no pudieron menos que notarlo: se volvió experta en el bordado, interpretaba a Chopin como si por sus venas corriera sangre polaca, hablaba francés con Monsieur Aubert, descendiente del fotógrafo de Maximiliano y maestro fundador de la Alianza. Tere se sabía en desventaja en la vida. Tere vivía con el retrato al óleo de su hermano muerto presidiendo el comedor. Tere tenía además, entre los ojos de miel tierna y una boca bien dibujada, una verruga junto a la nariz que a cualquier otra chica le habría arruinado la existencia.

Porque en aquel tiempo no había cirugía plástica. Y como si los hombres fueran perfectos, los había exigentes y mandones con las novias. Ya no se diga con sus esposas.

Tere tuvo pues que conformarse con ser el doble de estudiosa, diligente, amable y alegre. Tuvo que aceptar el papel de madrina de bodas cuando sus amigas más íntimas se fueron casando. Y cuando llegó Juvenal Monraz a su vida, lo agradeció a San Antonio, el casamentero, y a Santa Rita de Casia, monja agustiniana, que concede lo imposible, y que en aquellos años se había puesto de moda, porque la canonizaron en mayo de 1900 y treinta años después todavía no tenía tantos ruegos en el cielo, así que se daba tiempo para lograr los milagros más espectaculares.

—Y Juvenal es un milagro —repetían Chole y Maru, las mejores amigas de Teresita.

—Quisiera yo uno así para mi tía Yola —se lamentaba Chole, sinceramente acongojada por la suerte de la tía, una mujer hogareña y trabajadora.

—Es guapo, Tere. Me gusta su mentón cuadrado, sus orejas bien delineadas, su nariz casi aguileña, sus rasgos como árabes —dijo Maru, que estaba casada con un hombre de ascendencia turca y mirada profunda.

Según los viejos que se reunían en el café, frente al jardín principal, el novio era más bien un holgazán en busca de patrocinio para la vida. Lo conocían bien: Juvenal era uno de ellos.

Al pretendiente le fue relativamente fácil conquistar a la señorita Rodríguez, pasear con ella del brazo a la vista del pueblo, llevarle serenata cada mes, enviarle rosas blancas, luego amarillas y finalmente rojas el día de su cumpleaños, comprarle un ramito de gardenias para adornar su mano las tardes de verano, realizar todos y cada uno de los ritos del noviazgo con precisión y elegancia.

Tere sabía que los dos centímetros cúbicos de carnosidades en el cutis la condenaban a aceptar al vuelo esta oportunidad de casarse que no se repetiría. Y por muchos años, no lo lamentó.

Porque Juvenal fue un buen marido. Tuvo con ella la delicadeza de permitirle tener su propia habitación, de frecuentar a sus amigas y asistir a las reuniones de cada mes, de comprar un automóvil y manejarlo tres veces por semana para ir al rancho, sentado él como pasajero, pues a ella le gustaba la conducción y él no quería la responsabilidad de arriesgarse a un accidente que afectara el brillante metal de la carrocería.

Cuando murió su padre, Tere planteó a su esposo la posibilidad de mudarse a la gran casa paterna y acompañar a su mamá. Juvenal lo aceptó de buena gana y Tere confirmó, en charlas con sus amigas más cercanas, que efectivamente se había sacado el premio mayor de la lotería. Ya para entonces, las otras sufrían desdenes, malos tratos, silencios oprobiosos, infidelidades hasta con las criadas, hasta llegar a golpes y majaderías.

Algunas habían sido abandonadas por algún tiempo, y luego de las aventuras de su marido habían tenido que recibirlo de regreso, ocultando la bribonería con prudencia y mentiras.

Es que incluso Juvenal le perdonó a Tere ser estéril. No quedaba embarazada por más intentos que hicieran, a la hora de la siesta, por las noches y hasta de madrugada, en posiciones tradicionales y algunas que parecían de circo; la señora Monraz seguía sufriendo el vacío de sus entrañas. Ni el buen trato de su marido, que le permitió conservar la propiedad del rancho, la casa y el coche, le alivió de esa congoja.

Los médicos le diagnosticaron matriz infantil y le sugirieron algunos tratamientos que ella obedeció a pie juntillas. Finalmente, tuvo que conformarse con esa tristeza, tuvo que acompañar a su madre a las oraciones vespertinas a falta de pequeños que cuidar, piñatas de cumpleaños que elaborar o fiestas de primera comunión a las cuales asistir.

Todo eso, también, Juvenal lo perdonó con largueza. Lo único que pedía, el buen esposo, era el uso libre de su tiempo. Después de desayunar, mientras ella se reunía en el despacho con el viejo administrador del rancho, él leía el periódico. Luego le comentaba las noticias importantes mientras encaminaban juntos sus pasos hasta el Jardín Obregón, que era la plaza central y que estaba flanqueada por los edificios de los tres bancos que había entonces.

Ella se despedía con su portafolios para hacer los depósitos correspondientes, las transferencias necesarias, con la confianza de que su marido, el hombre de respeto que toda mujer debe tener al lado, la esperaba en la acera, o se lustraba los zapatos a una distancia no mayor a los cien metros.

Después de la comida, él hacía la siesta y por las tardes salía a jugar dominó y cartas. Como todos los señores.

Otros esposos invitaban a su casa los fines de semana a los compadres para probar suerte con el póker. Las mujeres a veces se aventuraban con la canasta uruguaya. Había parejas que eran buenas para jugar, y derrotaban a sus contrincantes con hábiles movimientos de fichas. En algo se tenía que entretener el tedio en aquella ciudad de sesenta mil almas piadosas.

Juvenal era tan prudente y discreto, tenía tal respeto por su mujer y su hogar, que ni siquiera soñó en llevar a sus amigos a que cometieran excesos, perturbaran la tranquilidad que requería su suegra enferma o contaran chistes subidos de color que pudieran escuchar los delicados oídos de Teresita.

Así que se reunía con sus compañeros tahúres en distintos lugares, hasta las ocho de la noche en que su mujer lo recibía de regreso y le servía la merienda, luego pasaban una velada amable con la compañía ocasional de amigos de la familia, y a dormir en santa paz.

Además, comentaba Tere a las señoras de su confianza, cuando éstas le manifestaban su envidia por el marido bueno, Juvenal era la mar de generoso: una parte considerable de los productos del campo, estaba destinada a unos niños huérfanos.

—¿Tú los conoces? —preguntaba alguna con malicia.

—Ni lo digas. De eso a Juvenal no le gusta hablar. Dice que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda.

Así que esa pequeña merma sufría la boyante economía de los Monraz: los quesos para los huérfanos, las frutas para los huérfanos. Y claro, también se perdía el dinero que Juvenal apostaba las noches de juego. Porque el hombre no tenía suerte en las cartas. Pero regresaba mimoso al lado de su mujer, con la mente exhausta por tanto cálculo, pensaba Teresita que lo agasajaba con una buena copa de jerez para iniciar la noche.

—Desafortunado en el juego —decía el amable esposo, dando pie a que ella terminara el aforismo.

Veinte años transcurrieron. Teresita enterró a su madre en el monumento funerario de los Rodríguez, y a sus cuarenta años comenzaba a preguntarse con qué llenar su vida, además de sombreros, abrigos y guantes que en Querétaro usaba poco, pues contadas eran las ocasiones en que había bodas elegantes, corridas de toros con toreros de fama internacional o bailes con grandes orquestas.

Entonces Santa Rita, que antes de ser monja fue viuda, se llevó consigo a Juvenal.

El marido cincuentón había engrosado considerablemente la línea de la cintura, apenas caminaba las calles que le separaban de sus compromisos más apremiantes, no hacía ejercicio ni en el campo, dejó de montar en sus paseos campestres, pero sí adquirió el hábito del puro.

Y de un cáncer fulminante, localizado en medio del pulmón derecho, Juvenal murió un sábado a medio día.

Teresita lloró a mares, convocó a su notario, su confesor, su administrador y la experta cocinera que le preparaba los banquetes. Hizo llevar el ataúd a la nueva casa funeraria de la calle Hidalgo. Fue un gesto de modernidad en una población que lloraba a sus muertos en casa. Pero Teresita para algunas diligencias era vanguardista. Se puso de acuerdo con el sacristán de La Merced, pidió flores blancas a profusión, trajo al chef del Gran Hotel para que atendiera a los amigos que llegaron a presentarle sus condolencias. Esa noche, con un traje negro destinado a un viaje a la capital para escuchar un concierto en Bellas Artes, con una blusa negra de encajes de cuello alto, que resaltaba la blancura de su piel, Tere relató una y otra vez breves anécdotas vividas con su marido. Señaló sus bondades, sus actos de generosidad.

A la mañana siguiente recibió a su suegra, a sus cuñados, y a los sobrinos de Juvenal que habían sido los únicos niños en gozar la nueva alberca del rancho. A todos atendió como la mejor anfitriona y la viuda más entera, signada por la fortaleza anímica que sólo tienen los grandes de espíritu.

Entonces, como a la una de la tarde, entró aquella mujer doliente, llorando a lágrima viva, con gritos de dolor y espasmos, seguida de dos muchachos y una niña que tenían el mentón cuadrado, orejas bien delineadas, nariz casi aguileña y rasgos moros. Se acercaron los chicos, de trajes oscuros bien cortados, confeccionados con casimir de lana. La más pequeña, con vestido de holanes blancos. No necesitaron decir nada. En medio del silencio expectante, los vecinos y amistades congregados les dieron el paso y les vieron colocarse en las cuatro esquinas del féretro, uno a cada lado de los cirios ardientes.

Teresita, una vez repuesta de la turbación y habiendo dado respuesta a todas sus interrogantes, se levantó de su asiento, caminó cinco pasos hasta donde estaba Juvenal en su caja, dijo en voz alta: “No es nada mío” y salió a la calle soleada, seguida por su fiel administrador, dejando al marido muerto en manos de su familia clandestina.

Querétaro entero pudo sacar las conclusiones del caso, que fue una novela más jugosa que las radiofónicas, durante por lo menos un año. Conocieron entonces con detalles, reales o inventados, las andanzas de Juvenal Monraz.

La viuda, mientras tanto, pasaba una larga temporada en París, practicando por fin el francés de Monsieur Aubert.